

Palabras pronunciadas por Carmen Martínez en el acto de entrega de las Ayudas

En primer lugar, quisiera agradecer a Ambiental este detalle y, en segundo lugar, felicitar a los investigadores por sus trabajos.

El trabajo de Miguel Ángel lo conocéis casi todos vosotros, pero, lo que quizá ignoréis, es que no es fruto de la dedicación de unos años, sino del esfuerzo de toda su vida.

Desde los 10 años, el interés de Miguel Ángel por el reino animal fue en aumento, y a los 16 años, que yo me incorporé a su vida, ocupaba todo su tiempo libre.

Excepto las horas de estudio, su vida consistía en leer, en salidas interminables para observar, rellenar los cuadernos de campo, escalar hasta los nidos, buscar en los ríos, etc..

Yo, que no soy muy amante de la vida rural, he salido al monte, más veces de las que podáis imaginar, porque el acecho tras el trípode esperando nuestra presa, nos permitía las confesiones de enamorados, que, en la mayoría de los casos eran interrumpidas por algún águila que nos sobrevolaba o alguna cabra montés ajena a nuestros susurros.

Nuestra casa, antes que a nuestros hijos, ha albergado a pequeños poyuelos de águila, condenados por sus madres, a los que alimentábamos cada tres horas, hasta su puesta en libertad, tortugas de tierra, una garza, un búho real enorme con un ala rota, que me propinó más de un susto, dos búhos chicos que estuvieron mucho tiempo hasta su libertad, y a los que, con malicia, les hacíamos la culebra con una cuerda para ver cómo se asustaban.

Ha pasado también, alguna serpiente, muchos hurones, un gato montés y tres crías de gaviota, que acabaron con la reserva de sardinas de la pescadería.

Cada una de estas vidas que se salvaba era un logro, y cada una que se perdía era un estudio minucioso hasta encontrar el motivo del fracaso.

La actividad no acababa nunca, a las horas interminables en el campo sucedía la reflexión y el análisis de los datos en el despacho.

Nunca se cansó de esta tarea, porque nunca he conocido a nadie con una pasión tan fuerte y tan duradera, que fue el motivo de su vida y que mediatizó la mía.



Miguel Ángel era un hombre tímido, y esto le hacía parecer serio, pero, sobre todo, era muy comprensivo y muy humilde. Nunca lo oí presumir de sus conocimientos o de sus logros.

Miguel Ángel era un hombre corpulento, pero muy tierno. Nunca lo oí gritar a nadie.

Pero, por encima de estas virtudes, y hasta en los momentos más difíciles, me contagié su gran amor sin fisuras por la vida, sin el cuál, yo ya no sabría despertar cada mañana.

Como veis, era muy fácil de querer e imposible de olvidar, por eso, esta tarde os agradezco infinitamente este recuerdo y el afecto que le teníais.

Gracias.

Murcia, mayo de 2004